



CATEQUESIS DÍA 29 - TRATADO [222-225]

Estamos en el día vigésimo noveno. Ya faltan tan sólo unos días para la Consagración Total, por eso no hay que bajar los brazos. Al contrario, debemos esforzarnos como si fuesen los primeros días.

Hoy, en este tercer día de la cuarta parte, tenemos como material de meditación un fragmento del todo particular del Tratado de san Luis María, en el cual este santo nos indica que la devoción a María Santísima, practicada del modo en que él la propone, da mucha gloria a Dios. Y hace una comparación interesante: «darás mayor gloria a Jesucristo en un mes que por cualquier otra práctica —por difícil que sea— en varios años» (VD, 222). Más allá de esta comparación, lo importante está en el hecho de que, siendo devotos de la Virgen María, podemos dar mucha gloria a Dios, mucho más que con otras acciones o empresas.

¿Qué significa dar gloria a Dios? Dar gloria a Dios significa en primer lugar tener como fin de mis acciones al mismo Dios. Es decir que todo lo que deseo, hago y pienso tiene como fin agradar a Dios... o sea, “hacerlo por Dios”. Significa ofrecerle nuestros trabajos y acciones para complacerlo, ya que Él es la persona a la cual más amamos. Nadie puede dar gloria a Dios si primero no lo ama, y mientras más le amamos, más le glorificamos.

Ahora bien, para amar verdaderamente a Dios y para agradecerle con nuestras obras y pensamientos necesitamos ciertamente de María Santísima, porque *ella hace todo agradable a Dios*. Ella sabe, mejor que nadie, cómo contentarlo. Cuando decimos «contentar a Dios» no queremos significar que hace falta aplacarlo, como si fuese un dios tirano. Queremos decir que hay que cumplir con su voluntad y hacer las obras que Él nos pide y del modo en que él nos lo pide. Para llevar a cabo esto necesitamos sin lugar a dudas de María Santísima. Y esto es lo que nos explica san Luis en este fragmento y da tres razones o modos de glorificar a Dios de la mejor manera posible gracias a la Virgen María.

1º. Dice que, gracias a esta devoción, a la esclavitud mariana, nos «perdemos en María» (VD, 222) ... y acá volvemos un poco a lo que explicó ya el p. Andrés Bonello sobre la intención, es decir, sobre el fin y el porqué de mis acciones. Si yo estoy totalmente consagrado a María, entonces mis acciones y pensamientos naturalmente también pertenecen a María y **participan de su intención**. O sea, que, por la consagración, María actúa por medio de mis acciones y yo de a poco quiero lo que ella quiere. **Hay como un intercambio de espíritus...** esto es lo que él escribe cuando dice que hay que «perderse».

Y al querer lo que ella quiere y al participar de su intención, entonces damos muchísima gloria a Dios, porque cualquier acción de María, cualquier intención que ella tuvo es más meritoria y da más gloria a Dios que cualquiera otra de cualquier santo.



De aquí que exclame el santo: «¡qué prodigio eres, oh María! ¡Sólo tú sabes realizar prodigios de gracias en quienes desean realmente perderse en ti!». Debemos aprender ese arte de «perderse en María».

2º. El segundo modo para dar gloria a Dios a través de María Santísima según san Luis es no estimar en nada nuestras acciones a no ser porque estas pertenecen a la Virgen. O sea, que no debemos pensar que nuestras obras son de agrado a Dios sino es por el hecho de que nuestra Madre les da nuevas disposiciones y características.

Nuestras buenas obras, ya sea cumplir con nuestro deber de estado, hacer la caridad a alguien, cumplir los mandamientos, rezar y hacer actos de devoción, dan gloria a Dios por sí mismos, pero le dan mucha más gloria cuando estos actos nuestros también pertenecen a la Virgen María por habernos consagrado a Ella, de tal modo que ella toma nuestras acciones y las dispone de tal manera que la gloria dada a Dios es de un valor mucho más superior.

Y a su vez, esto nos hace practicar mucho la virtud de la humildad, porque no confiamos en que nuestras obras sean del todo agradables a Dios, a no ser gracias a que María Santísima las embellezca y adorne.

(Intercesor para con el intercesor)

3º. Para terminar, san Luis habla sobre la Virgen como «eco de Dios» (VD, 235), el cual es también para nosotros otro modo de dar gloria inmensa a Dios. «*Siempre que piensas en María, Ella piensa por ti en Dios. Siempre que alabas y honras a María, Ella alaba y honra a Dios*» (VD, 225). Ella es el «eco de Dios», o sea, que ella toma mi acción y la redirige a Dios elevándola y sublimándola. Ella multiplica la gloria que yo le doy a Dios por una acción mía, con su acción de repetirla una y otra vez, tal como hace el eco en los valles.

Ave María Purísima, sin pecado concebida.